

GÉNESIS A APOCALIPSIS

LECTURA VI — LOS EVANGELIOS SINOPTICOS

Ahora llegamos a una porción muy distinta de nuestro tema. Ninguno que conoce lo que la Biblia es, puede fallar en ver que tenemos en esto las dos grandes divisiones del Antiguo y Nuevo Testamento. Por la bondad de Dios hemos recorrido, en alguna medida, todos los libros del Antiguo Testamento, encontrando a estos divididos en cuatro grandes secciones, correspondiendo podríamos decir, con los primeros cuatro libros de Moisés. Los libros de la Ley, los libros del pacto e historia, los Profetas, y finalmente los libros poéticos, o de experiencia. Eso completa el Antiguo Testamento. No nos detendremos sobre el significado de por qué hay cuatro secciones en el Antiguo Testamento— el libro de un pueblo terrenal— pero antes de proseguir notaremos lo que está especialmente ante nosotros, ahora tenemos un sujeto completamente nuevo. Esta es la segunda porción de las Escrituras; esta no es, como una quinta sección. No es solamente una continuación de lo que hemos tenido antes; sino que tenemos un completo quiebre, y aquí, en el Nuevo Testamento, tenemos eso que es completamente distinto en su contenido y carácter de todo lo que hemos visto y tenido antes.

Todo lo que hasta aquí hemos visto, tiene que hacer, en resumen, con el hombre conforme a la carne. Hay un hombre con quien está todo enlazado en el Antiguo Testamento, y ese hombre es Adán, el primer Adán. Hay un Hombre con quien está todo enlazado en el Nuevo Testamento, Cristo, el último Adán, el Señor del cielo. Estos son los dos hombres prominentes en estos dos libros. Por supuesto no estoy diciendo una sola palabra en cuanto a la gracia, bondad y misericordia de Dios, que brilla aquí y allí a través de todo el Antiguo Testamento, pero la persona acerca de la cual todo depende es el primer hombre; sea este Adán mismo o sus descendientes —Abraham, Moisés o David— aun así, todos ellos son hombres conforme a la carne, conectados con Adán, y por tanto bajo la ley, y por ello deben ser puestos a un lado. ¡Qué contraste cuando llegamos al Nuevo Testamento, que es enfatizado para nosotros en su misma estructura! En lugar de cuatro divisiones, sólo tenemos una, como si fuese ahora Dios mismo, una bendita unidad ante nosotros, aunque, como veremos, el libro está dividido una y otra vez en una forma muy sugestiva. Este es Uno contrastado con cuatro; lo divino contrastado con lo humano; la salvación contrastada con el fracaso, esta es la segunda división de toda la Biblia.

Esta porción, como es usual, se divide en un Pentateuco. Aquí tenemos los

libros de la historia del evangelio que corresponden a Génesis. ¡Cuán sugestivo, queridos hermanos, es esto! En Génesis tenemos la vida de siete individuos, como hemos visto, individuos que nos presentan la historia de la vida divina en el hombre; aquí, tenemos la vida en una Persona; esta es la misma vida del Hijo de Dios. Un nuevo Génesis, bendito sea Dios, realmente un nuevo comienzo, no con el hombre, no importa cuán fiel, sino con Cristo mismo.

En Hechos tenemos un Éxodo, una segunda división, que es la historia de la redención. No digo que en Hechos tenemos la redención obrada; eso, lo sabemos, es narrado al final de los evangelios, en la obra de Cristo. Pero aquí tenemos la historia de la redención, justo como en Éxodo tenemos el relato de la libertad de los hijos de Israel de Egipto, sacados de debajo del dominio de Faraón. De modo que en Hechos tenemos la libertad de Israel de debajo de la esclavitud del judaísmo, a la libertad del evangelio de Cristo. Ese es el verdadero Éxodo.

En el tercer libro, que responde a Levítico, tenemos una muy bella amplificación de eso. En las catorce epístolas de Pablo tenemos un Levítico, que, por plenitud y variedad, y sorprendente cercanía a la cual nos introduce, sobrepasa al libro de Levítico, como bien podemos esperar que la realidad sobrepase a las sombras. En las epístolas de Pablo tenemos nuestro lugar de cercanía, los principios de santidad sobre los que somos llevados cerca y podemos morar en la santa presencia de Dios, manifestados en toda su maravillosa variedad y plenitud.

Eso nos lleva a Números, a la experiencia del desierto, y esto lo tenemos muy bellamente en el Nuevo Testamento, en las epístolas de Pedro, Santiago, Juan, y Judas, comúnmente llamadas las epístolas generales o católicas, allí tenemos no tanto el lugar de cercanía a Dios como el lugar de responsabilidad sobre la tierra, y la gracia necesaria para nuestro andar aquí conforme a Dios. Finalmente, en Apocalipsis, tenemos un verdadero Deuteronomio, un vistazo atrás a la historia de la redimida iglesia de Dios, después un vistazo hacia delante a las cosas que deben tener lugar después de aquellas, y posteriormente un más profundo vistazo dentro de esa herencia eterna, y la porción del amado pueblo de Dios, ya sea terrenal o celestial; y cerramos el libro de la inspiración con nuestra mirada fija en la eternidad, el eterno gozo donde está Cristo. Ese es un muy bello Deuteronomio, que termina muy apropiadamente, como lo sugiere su número, Dios con el hombre, *“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Él morará con ellos”*. De este modo vemos, que tenemos ante nosotros, un muy fascinante y agradable sujeto de estudio.

Y ahora tenemos que tomar el Génesis de todo esto, el comienzo, sin lo cual nada de lo demás podría existir, sin lo que no tendríamos en el más mínimo grado algo de todo el resto. Tenemos aquí el fundamento en estos sorprendentes relatos del evangelio, que nos presentan esa vida única que, como dice Juan, estaba con el Padre, y nos fue manifestada. En otras palabras, en los cuatro evangelios tenemos lo que ninguno puede por un momento cuestionar que es su tema— la

vida de Cristo. Ninguno piensa por un sólo momento que esta es la historia de los doce apóstoles; nadie sueña por un instante que es la historia de la nación judía, o la vida de Juan el Bautista. Todos estos y muchos otros sujetos son introducidos, pero ¿quién piensa por un sólo momento que alguno de estos es el tema de estos evangelios excepto la persona de Cristo? Todo lo demás está subordinado a Él, todo esto se encuentra en segundo plano solamente, todo es sólo el lugar en el cual tenemos la joya, brillando en todo su fulgor; no deslumbrando, sino atrayendo, no solamente el ojo, sino el corazón, y produce en nosotros adoración y amor hacia Él.

Pero entonces a causa de la absoluta certeza de lo que es el tema de los cuatro evangelios, necesitamos considerarlos un poco más de cerca en vista a ver los variados elementos que conforman este tema. En muchas cosas de la naturaleza tenemos una mezcla. Lo que aparece ante nosotros es el resultado de una mezcla de muchas cosas. Las mismas ropas que llevamos son materiales mezclados; la misma luz en esta habitación está hecha de variados rayos de colores, perfectamente mezclados, dándonos como resultado un rayo, por medio del cual vemos todas las cosas claramente. Así es en estos cuatro evangelios; no hay duda de que esta es la bendita persona de Cristo la que se nos presenta en toda su maravillosa plenitud, pero esa Persona nos es presentada en todos sus variados caracteres, de tal forma que tenemos una plena y no una parcial vista de Cristo; tenemos una vista divina de lo que Él es, y no solamente una vista humana.

Si estuviésemos escribiendo la vida de Jesús, habríamos hecho exactamente lo que cientos de devotos estudiantes de la Escritura han hecho. Miraríamos los catálogos de libros que nos presentan la vida de Jesús, ¿y qué encontraríamos? ¿Cuatro vidas? No; encontraremos que estos cuatro evangelios han sido, puestos juntos y hecho que nos presenten una sola vida. ¿Y por qué razón? Como los hombres dirían, que fue más bien un error tener cuatro evangelios, cuatro vidas; necesitamos sólo una vida. No digo que este es el pensamiento de todos los que han escrito vidas de Cristo— ciertamente que no— pero ellos han fallado en enfatizar la característica de la cual hablo.

Ahora, sabemos que hay sabiduría divina al presentarnos cuatro vidas distintas y separadas. Si Dios hubiese querido darnos una vida simple y perfecta de Su Hijo, podría haberlo hecho, pero Él tenía un objeto en vista, y ese fue que viésemos no sólo un lado de Su bendito Hijo, sino los cuatro lados. Y de este modo nos ha dado esto en cuatro vidas, escritas en la forma más natural. Los cuatro evangelios nos presentan la misma Persona. Es el mismo Jesús en Mateo que encontramos en Juan, y lo reconocemos a Él enseguida. No hay dos personas allí, ¡Pero cuán diferente es la presentación de la Persona!

Comparemos esto con las enseñanzas típicas del Tabernáculo, que nos presentan la persona de Cristo aquí sobre la tierra. En esa parte que nos habla de Cristo mismo, las cortinas de la tienda, el propio tabernáculo, tenemos cuatro

cubiertas, que despliegan la persona del Señor. Primero que nada, allí estaba el propio tabernáculo, o la primera cubierta que estaba hecha de cuatro colores mezclados, azul, púrpura, escarlata, y lino fino torcido, —cuatro colores distintos mezclados y bordados juntos en la forma de querubines. Sobre esa había otra cubierta de pelos de cabras; y sobre ella una cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo, y aun sobre esta cubierta, al lado de afuera, la cubierta de pieles de tejones. No deseo ser fantasioso, ni ir más allá de lo que uno puede realmente ver en las Escrituras; pero en estos dos “cuatros”, como los tenemos allí, ¿no hay una sugestión de esta vista cuádruple de Cristo? O para ir un poco más lejos, ¿no hay una sugestión de la tierra? ¿o de la criatura en dependencia, en el lugar de prueba, y obediencia sobre la tierra? Bendito sea Dios, hay algo más cuando venimos a Cristo, porque si usted recuerda, estas cortinas que formaban la primera tienda tenían 28 codos de largo y cuatro de ancho. El elemento de cuatro aparece dos veces allí, y nos habla de esta tierra, y de este cuádruple carácter de Cristo; y aun así el cuatro es multiplicado por siete, esto nos dice que, aunque en el lugar de la criatura, de prueba, humillación, y sujeción, en Él estaba la perfección divina; siete veces cuatro hacen veintiocho codos.

Ahora, como he estado diciendo, no necesitamos ser fantasiosos, pero ¿no podemos encontrar, al examinar más y más cuidadosamente, el correspondiente evangelio a cada uno de estos colores? Por ejemplo, si puedo sugerir por un momento lo que se ve justo sobre la superficie: allí tenemos los colores de la primera cubierta, azul, púrpura, escarlata, y el lino fino torcido. El azul es el color celestial. ¿Tenemos un evangelio celestial? Dificilmente necesito sugerir esto, Juan nos lo presenta. El púrpura es el color de la realeza judía. ¿Tenemos un evangelio que nos presente al Rey de los judíos? Nuevamente, Mateo nos muestra que tenemos al Rey de los Judíos presentado allí. El escarlata nos habla de gloria, de gloria terrenal, y ¿tenemos un evangelio que nos presenta a uno que primero vino a la muerte, y después de haberse levantado de ella, ocupa ahora un lugar de la más alta gloria? Y mientras quizás no es tan claramente definido como los otros, pienso que podríamos responder que Marcos nos sugiere eso. Mientras para el lino fino torcido, que nos habla de la esencia de Su carácter humano, presentado en toda su perfección, el evangelio de Lucas nos lo presenta así, ¿o no?

Nuevamente, tomemos las cuatro cubiertas. Hemos estado sólo observando los colores de la primera de ellas. La primera que es una cubierta compuesta, con sus querubines gubernamentales, podemos decir que corresponde a aquello que está plenamente conectado con el gobierno. Esto nos sugiere que deberíamos identificar esto con el evangelio de Mateo. Tome la cubierta de pelos de cabra, que nos habla de la ofrenda por el pecado, y no puede haber duda de que este nos sugiere el evangelio de Marcos. Y tomemos nuevamente la cubierta de pieles de carneros teñidas de rojo, y allí tenemos la devoción hasta la muerte que por el tiempo al menos, solamente sintiendo nuestro camino, nos conecta con Juan; y entonces en las pieles de tejones, vemos

aquello que nos enlaza con la tierra, conectándonos con el evangelio de Lucas. Ahora, sólo sugiero esto, no pienso decir que acepto todo, sólo que es muy interesante y sorprendente encontrar que hay en alguna forma, al menos, una correspondencia entre los tipos que nos presentan el carácter del Señor en estas formas variadas, y los evangelios, de los cuales vamos ahora a hablar.

No piense que todo esto es una digresión. Nuestro tema, debe recordar, no nos permite tomar y desplegar cada libro de estos evangelios en una forma plena. Lo que necesitamos ver es el tema y carácter general de cada uno, como comparado con el resto de las Escrituras. Iremos aun atrás al tabernáculo y a esa primera cubierta. Debemos recordar que allí encontramos querubines bordados en aquella cortina, y cuando llegamos al velo ante el lugar santísimo, allí también hay querubines. Encontramos primeramente al querubín con una espada encendida, a la puerta del huerto de Edén después de la caída. Después los vemos a ellos sobre el arca, y el propiciatorio, y posteriormente los vemos en Ezequiel, donde Dios está ejecutando juicio. También los tenemos en Apoc.4, donde es establecido el trono de Dios para juicio. Ahora ¿hay algo en esto que nos presente nueva luz sobre estos evangelios? Debemos recordar que se nos dice sin ninguna incertidumbre, en la epístola a los Hebreos, que el velo representa la carne de Cristo. El velo nos presenta la persona de Cristo en Su carne como hombre aquí abajo, y sobre ese velo estaban bordados los querubines. Ahora, en el velo tenemos la persona de Cristo, pero en el querubín tenemos con esa persona el pensamiento de Uno que ejecuta el juicio. Un verso en Jn.5 une estos dos pensamientos, “*y le ha dado autoridad para ejecutar juicio porque es también el Hijo del Hombre*”. En otras palabras, a causa de la humanidad de nuestro Señor, a causa de lo que Él es como se nos presenta en estos evangelios, Él tiene autoridad para ejecutar el juicio, Él tiene el carácter del querubín, si puedo usar esa palabra, porque Él es el Hijo del Hombre.

De manera que cuando llegamos al libro de Apocalipsis, le pido que note la descripción de aquellas bestias, como son impropriamente llamadas, un muy indigno título, y una muy desafortunada traducción de una palabra que tiene un significado muy diferente; “seres vivientes”, así debe ser, correspondiendo exactamente con los querubines del Antiguo Testamento. Allí se nos describen en Apoc.4:7, “*y el primer ser viviente era como león, el segundo como un becerro, el tercero tenía rostro de hombre, y el cuarto era como un águila volando*”. Los seres vivientes, como he dicho, nos representan toda la energía de Dios en la ejecución de Su juicio. Ahora, en estos seres vivientes, en estos querubines, tenemos justo lo que hemos visto en el tabernáculo. Ellos nos recuerdan una cosa, que Cristo tiene autoridad para ejecutar el juicio. Él es aquel, por tanto, que tiene estas características, pero es porque es el Hijo del Hombre. De manera que cuando vemos al Hijo del Hombre como se nos presenta en los evangelios, encontramos los mismos caracteres que son puestos ante nosotros en el querubín.

Primero como un león, segundo como un buey —la palabra no es exactamente un becerro; —tercero, con rostro de hombre, y cuarto, como un

águila volando. Conectemos esto con los cuatro evangelios. En esta misma porción de Apocalipsis de la cual he leído, tenemos al “*león de la tribu de Judá*” referido, conectándolo con la bendición de Jacob sobre sus doce hijos, en Gén.49: “*Judá cachorro de león*”. Los hombres comúnmente hablan del león como el rey de las bestias. De esta forma en el león tenemos a Cristo en Su carácter real, y más particularmente como Rey de los judíos. Ese es el tema de Mateo. El segundo ser viviente, el buey, es el animal para el servicio del hombre; ya que la Escritura dice, “*mucho crecimiento es por la fortaleza del buey*”. Eso es lo que tenemos en el evangelio de Marcos; Cristo el Siervo perfecto, aquel que tomó el yugo del servicio, —quien no tenía necesidad de llevar ningún yugo.

Observe nuevamente los maravillosos capítulos en Lucas. Vemos allí, no solamente servicio, sino también un evangelio intensamente humano. Mientras en el águila surcando los aires y subiendo más y más alto a las mismas alturas de los cielos, no hay dificultad en trazar el evangelio de Juan.

Ahora, ¿no es notable que tengamos en toda esta imagería, todo agrupado acerca de estos cuatro evangelios que nos presentan la persona de Cristo? Nada es forzado aquí; no pienso que haya alguna cosa fantástica en lo que se ha dicho, y estoy seguro de que esto despertará el más cuidadoso pensamiento, e investigación de su parte en cuanto a la maravillosa plenitud de lo que tenemos en los evangelios.

Por ahora podría sugerir que tenemos en esta porción de nuestro tema lo que un muy hábil escritor sobre este sujeto ha dicho, él ha llegado muy cerca de la verdad en muchas cosas, y aun así ha fallado en coger y comprender el pensamiento del Espíritu, por una muy simple razón; él ha estado pensando en el pueblo o personas para quienes los evangelios fueron escritos, más bien que en la maravillosa Persona que es manifestada en los evangelios; —en otras palabras, Cristo mismo no estaba ante su alma como el objeto absorbente, Aquel a quien Dios tiene como el centro de Sus pensamientos. De este modo él nos dice que Mateo es el evangelio escrito para los judíos, judíos cristianos, que este tiene hábitos de pensamiento judíos a través de todo. Esto es muy cierto; pero aun así ¡cuán lejos del pensamiento que es Cristo mismo el Rey de los judíos a quien tenemos allí!

De forma similar Marcos fue escrito para los romanos, porque allí tenemos todo muy brevemente narrado, semejante a una manera de negocios, pasando de una cosa a otra. Nuevamente esto es verdadero en cierto sentido, pero no es porque esto conviene al pensamiento romano, sino debido a que este nos presenta a un Siervo perfecto en toda la inteligente prontitud de Su servicio, yendo de un punto a otro a través de todo el camino.

De igual modo él nos dice que el evangelio de Lucas fue escrito para los griegos, que este conviene al modo de pensamiento y expresión de los griegos; y que toda la narración es caracterizada por una cierta graciosa presentación de cosas con anécdotas e ilustraciones. Otra vez muy lejos de la verdad, aunque

puede haber allí algunos elementos de verdad en esto, pero él ha perdido de vista a Cristo, ya que tiene en su mente sólo a los pueblos.

Y después él nos dice que Juan fue escrito para la iglesia, para aquellos que conocen a Cristo. Muy verdadero, pero muy lejos de la plenitud de la verdad.

Habiendo ahora pasado varias veces sobre estos evangelios para conectarlos con sus variados tipos, ahora los tomaremos a cada uno separadamente. Pero primero una palabra en cuanto a su conexión el uno con el otro.

Hay cuatro, y ese número nos habla de la tierra y de debilidad; por tanto, tenemos al Señor allí como hombre sobre la tierra, en el lugar de la criatura, sujetado a la prueba de este mundo. Esto y mucho más significaron la humanidad para Él.

Pero estos cuatro evangelios son muy diferentes el uno del otro, y los primeros tres tienen una similitud el uno con el otro completamente distinto del cuarto. Por tanto, no debemos sorprendernos, de encontrar a Mateo, Marcos, y Lucas juntos, y a Juan aparte.

Pero detengámonos aquí. Tres evangelios y uno. Tome el número cuatro y divídalo usted mismo, ¿cómo lo hará? Dos y dos. Esa es la división natural. Pero mientras más consideramos los números más encontraremos en ellos. Como lo he sugerido anteriormente los números pares nos sugieren mal y los impares bien. Tenemos Génesis, Levítico, y Deuteronomio; ellos son números impares. Génesis nos sugiere vida de Dios. Levítico, acceso a Dios, y Deuteronomio, Dios con el hombre; mientras los dos números pares “dos” y “cuatro” nos sugieren mal. En Éxodo tenemos la esclavitud del pecado de lo cual ellos necesitan libertad, y en Números tenemos el desierto y el fracaso. Ahora, si los evangelios son divididos en dos y dos, tendríamos la vida del Señor dividida como en un mal sentido. Tendríamos un aferrarse a aquello que denotaría debilidad y el poder del mal, más bien que el poder del bien.

¿Qué tenemos por el contrario? Tres evangelios claramente enlazados, de tal forma que han venido a ser conocido como sinópticos desde tiempos inmemoriales. Y la palabra “sinóptico” significa “tomar juntos”. Tomados juntos— y estos son tres, —Mateo, Marcos, y Lucas. Juan siempre ha tenido su propio lugar en su invaluable significado como el único evangelio que tiene su lugar propio. Tres es el número de manifestación divina. Uno es el número de unidad divina y de plenitud. Cuando consideramos estos tres evangelios sinópticos ellos nos sugieren en una forma asombrosa la plenitud divina que hubo en el Hombre Cristo Jesús aquí abajo. Los tres en su luz mezclada nos presentan a Dios manifestado en Cristo, ya sea como Rey, Siervo, u Hombre.

Cuando llegamos a Juan nuevamente encontramos que tiene un lugar propio y aparte. No hay ninguna necesidad para alguna presentación triple de este, aunque muy bellamente lo tenemos dividido en tres porciones. Tres

porciones que nos presentan el pensamiento de plena manifestación. Pero este es un evangelio, este es el evangelio de la divinidad. Aunque una parte de esos cuatro; todo en el Hombre Cristo Jesús.

Permítame recordarle de ese verso en Jn.1. *“El Verbo se hizo carne, y moró entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria del Unigénito del Padre”*. Allí está la gloria divina manifiesta, pero esta es manifestada en el Verbo hecho carne, el Hombre Cristo Jesús aquí abajo. De modo que, si miramos ese evangelio cuádruplo, decimos, aquí tenemos que hacer con un Hombre sobre la tierra, con la criatura bajo prueba. Pero si miro a ese Hombre, —ese Hombre en el lugar de debilidad, humillación, y prueba— veo la plena manifestación de la gloria divina— y miro nuevamente y veo a Dios— Dios sólo en toda Su perfección. Eso está escrito, como si fuese, en la misma textura de los libros, impreso en su misma forma y carácter. Vemos esto aun antes de tomar los contenidos de todos ellos. Qué sorprendente es que Dios haya escrito Su palabra para nosotros en esta forma, y nos sugiera la perfección que debemos encontrar antes que pensemos de los contenidos de los libros.

Supongo que no hay porción en las Escrituras con las cuales estemos más familiarizados que con los cuatro evangelios, y aun así ¿no es verdad que sentimos cuán poco verdaderamente los hemos sondeado? ¿Quién puede retratar dignamente la perfección que encontramos allí? ¿Quién puede mostrar plenamente las maravillas en el carácter del mismo bendito Salvador? Necesitamos ser aprendices, para tomar aquello con lo que hemos estado familiarizados desde nuestra niñez, y aprender algo de las maravillas exhibidas para nuestros corazones, y para la gloria de Dios.

Tenemos tres juntos, Mateo, Marcos, y Lucas, el león, el buey, y el hombre. Mateo nos presenta al Mesías, al Rey de Israel. No podemos leer el primer verso de Mateo sin ver el sujeto de todo el libro. *“El libro de las generaciones de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abraham”*, lo enlaza con toda la familia de la fe; muestra, como la vid debe pasar sobre el muro hacia los Gentiles.

Si Él fuese sólo el Hijo de David seríamos como la mujer sirofenicia, si demandásemos bendición de Él en esa forma. Ella dijo, *“Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí”*. Eso significa que el Mesías, el Rey de Israel, y la respuesta de nuestro Señor a ella fue: *“No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”*. Pero cuando leo que Él no solamente es Hijo de David, sino también Hijo de Abraham, digo, si hay fe para alcanzar la mano y demandar la bendición; si hay fe que hubo en aquella mujer sirofenicia que podía decir —y como se deleita el Señor el ver aquel argumento presentado ante Él— si ella podía decir, *“Si Señor, pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores”* — ella es una hija de Abraham, porque tiene la fe de Abraham, y es Jesucristo el Hijo de David, el Hijo de Abraham el que es presentado en Mateo.

Observe por un momento la genealogía, y los nombres de mujeres en ella.

Hay cuatro, y cada uno de ellos es el nombre de una Gentil. Ellas no eran “madres” en Israel en el sentido ordinario. Tenemos primero a Tamar. Ella es una gentil, y ¡ay! su pecado es lo que es prominente ante nosotros; una historia muy vergonzosa es la suya, que aún se sonrojaría de leerla en público. Después tenemos a Rahab, la pobre mujer de Jericó, otra gentil y cuyo carácter es demasiado defectuoso para introducirla en lo que se llama una sociedad respetable. Después tenemos a Rut la moabita, otra gentil. Y finalmente a Betsabé, en cuanto a quien puede haber alguna duda, aun así, su marido Urías era un heteo. Pero en cuanto a las otras tres, no hay duda de que ellas eran mujeres gentiles.

Aquí justo en la genealogía que prueba que el Señor era Rey de los judíos, donde los judíos no tienen la más mínima duda, estos son nombres de mujeres que destruirían cualquier título legal al trono.

¿Y aun así quienes son ellos? Allí está Judá el mismo progenitor de toda la tribu de la cual el cetro no se alejaría. Allí está Rahab, ancestral de David, y Rut más cerca aún; —y en Betsabé, una enlazada con el mismo rey, la madre de Salomón.

Como estos nombres de mujeres gentiles, y mujeres pecadoras, están mezcladas de tal forma en la realeza de Israel que, para ser el Hijo de David, uno tiene que ser el hijo de estas gentiles. ¿No hay un significado en esto? En el evangelio que nos presenta indudablemente el nacimiento del Rey, tenemos enseguida el pensamiento de que la bendición es más amplia que Israel. Él es el Hijo de Abraham también. De este modo en el primer capítulo de este evangelio se nos presenta a Cristo como el Rey de los judíos, y tenemos la sorprendente gracia que sale hacia los gentiles. Contemplemos el próximo capítulo. Él nace Rey en Belén; Él es un pequeño bebé en brazos de Su madre. ¿Quiénes vienen a adorarlo? Unos hombres sabios, no de entre Israel, aunque había sabios que podían volverse a sus Biblias y señalar el capítulo y verso que anunciaba donde debía Él nacer. Pero ellos no dieron un sólo paso para ir a adorarlo. “*A los suyos vino y los suyos no le recibieron*”. Pero hombres del lejano oriente, representando a las naciones lejanas, le trajeron su gloria y honor, justo como lo harán las naciones, en días milenarios, traerán su gloria y honor a aquella ciudad donde morará el Cordero.

Ese es el Rey de Israel, Aquel que encontraremos a través de todo Mateo. Muy bellamente es el carácter del Rey y los principios de Su reino trazados a través de estos capítulos. Un vistazo a las prominentes porciones bastará. Ya hemos visto la genealogía y el nacimiento del Rey en el primer capítulo, y la adoración de los sabios en el segundo capítulo, que termina con la persecución de Herodes, la huida a Egipto, y el posterior retorno a Nazaret en Galilea. Todo, para que “*se cumpliesen las Escrituras*” —una expresión recurrente en este evangelio, característico de su tema.

En los próximos dos capítulos, cap.3 y 4, tenemos al rey presentado, ungido

y reconocido por el cielo, y después probado, Sus tentaciones en el desierto. Cuán bendito es pensar que antes que Él haya hecho un acto público, antes aun de Su prueba en el desierto, Dios lo ha ungido, y puesto el sello de Su aprobación sobre Él. ¡Qué secretos de una vida perfecta han sido estos treinta años de retiro, para el ojo y corazón de Dios!

Siguiendo, tenemos tres capítulos que contienen el “Sermón del monte” donde tenemos los principios divinos del reino desplegados. ¡Qué santidad, qué espiritualidad brillan a través de esto, y aun así cuan consistente con su lugar en un evangelio que trata con la tierra!

Después del sermón del monte, el hermoso contraste con sus puros y elevados principios de santidad, y aun así en perfecta consistencia con ellos, vemos las actividades del Rey en misericordia— limpiando al leproso, curando toda clase de enfermedades, echando fuera demonios, resucitando a los muertos— todo siguiendo rápidamente lo uno a lo otro, en los cap.8 y 9.

No contento con esta obra, Él mismo califica y envía (cap.10) sus discípulos para ir a la misma misión de amor, conectándolo con la proclamación del evangelio del reino, que aun será predicado antes de que la nación reciba a su verdadero Rey.

En el cap.11, las sombras comienzan a caer. Juan es arrojado en prisión, y desde su soledad envía esa palabra de incrédula fe —si puedo usar tal expresión contradictoria, —en cuanto a que nuestro Señor sería actualmente Rey. En el mismo capítulo tenemos los ayes pronunciados sobre lugares favorecidos, donde muchas de Sus poderosas obras han sido realizadas, a causa de su incredulidad. Pero en medio de esta oscura incredulidad que se estaba posando rápidamente sobre el pueblo, escuchamos estas palabras de gracia aun sobre aquellos que Él amaba— palabras que han traído paz a miles de corazones cansados, y seguirán haciendo lo mismo con incontables más hasta que Él venga: “*Venid a Mi todos los que estáis cansados y trabajados y Yo os haré descansar*”.

En el próximo capítulo, el 12, las líneas se marcan aún más, y la enemistad se manifiesta claramente. Los líderes lo acusan de hacer Sus milagros por medio de Beelzebú, el príncipe de los demonios, blasfemando así contra el Espíritu Santo, y Él puede pronunciar su condenación por tales endurecidas palabras.

Esto pone ante nosotros la forma misteriosa del reino, desarrollado en aquellas sorprendentes parábolas de Mt.13— una séptuple presentación de la historia de cosas durante la ausencia del Rey. Llamo su atención al hecho que las primeras cuatro son separadas de las últimas tres, y nos presentan respectivamente la forma exterior donde el mal existe, y los consejos interiores de Dios, incluyendo en esto último el juicio que se ejecutará antes de que Su reino sea establecido. La perla es la iglesia; el tesoro en el campo es Israel en el mundo. El comprador en ambos casos es el mismo Señor.

Desde aquí hasta las escenas finales tenemos una evidente reserva. La gracia continúa actuando, los hambrientos son alimentados y los necesitados son ayudados; pero el Señor busca retiro. Él evita, hasta el tiempo cuando Él sea ofrecido, todo choque con los judíos, salvo donde la fidelidad hace esto necesario. Pero toda esperanza, humanamente hablando, se ha alejado. Este es un Rey rechazado cuyos pasos debemos ahora trazar. Y aquí, cuando la nación incrédula ha cerrado la puerta, tenemos hermosos cuadros del evangelio como aquel de la mujer sirofenicia, que brillantemente retrata el establecimiento de Su iglesia, y el pleno brillo de Su gloria en la transfiguración.

Todos los evangelios comienzan las escenas finales con su entrada a Jerusalén cabalgando en el asna, que particularmente es apropiado para Mateo, y allí es tratado plenamente, junto con aquellas incomparables entrevistas en las cuales Él silencia a Sus enemigos, y las parábolas en las cuales Él despliega su responsabilidad, —Su discurso profético es completo. Este incluye el futuro de Israel, la iglesia y las naciones.

Finalmente tenemos la crucifixión de su Rey —Su traición por uno de los Suyos; Su prueba y convicción ante el Sanedrín; Su sentencia pronunciada por el involuntario Pilato y escrita sobre Su misma cruz— un adecuado eco al que tenemos en las terribles palabras del pueblo, “*su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos*”. Pero en todo esto Él es el Rey, Él se somete a sus desprecios y burlas como uno que podía fácilmente haberse sacudido de ellas; Él confiesa Su realeza ante Pilato; y en la muerte “*entrega Su espíritu*”, como Rey.

Esto me recuerda una palabra en cuanto a lo que es familiar a muchos de nosotros al considerar la muerte del Señor en este evangelio. Para los detalles usted debe buscar en otra parte; pero como Mateo es el evangelio gubernamental, la misma muerte del Señor es vista en esa forma. La muerte es la penalidad gubernamental del pecado —de la trasgresión. Aquí tenemos muerte, y lo que es más profundo que la muerte, el abandono de Dios. Este es el aspecto de ofrenda de trasgresión o culpa de esa muerte, y nos presenta la plena satisfacción por los pecados cometidos.

El último capítulo nos presenta la resurrección del Rey. Adecuado acompañamiento de Su triunfante levantamiento es la resurrección de muchos santos —evidentemente participantes con Él en ese acto de poder.

El evangelio se cierra en Galilea —aún rechazado por los Suyos— pero con la gran comisión encomendada a Sus siervos, y con la seguridad de que todo poder está en Sus manos, ya que es el Rey, y de que estaría con ellos hasta el fin de la edad.

¡Qué Rey! ¡Qué evangelio!

Pero debo apresurarme para decir algo de Marcos, no considerando lo que

hemos visto en Mateo, sino solamente las características del libro.

Existe un gran grado de similaridad entre este evangelio y Mateo, y algunos han pensado que Marcos es como una abreviación o una nueva edición de Mateo. Eso es digno de la “alta crítica” con toda su sabiduría. Pero cualquiera que lea y estudie este evangelio encontrará que hay un claro objeto a través de todo el evangelio.

En primer lugar, el Espíritu de Dios corta, si puedo usar tal expresión, todo lo que se relaciona con el nacimiento e infancia de nuestro Señor. Lo tenemos ante nosotros como un Hombre maduro. Juan el bautista en pocas palabras lo anuncia. Él es enviado al desierto para ser tentado por el diablo, y allí, antes que leamos diez versos, tenemos al Siervo fiel comprometido en Su obra.

El Siervo de Jehová, el profeta de Jehová ha venido para traer las bendiciones de Jehová a un hombre pecador, y Él pasa de una persona a otra, colocando Sus manos sobre este leproso, sobre el endemoniado, y la suegra de Pedro; cual fuese lo que necesita la sanidad Divina, allí está Él para ministrarla. Y aunque Él puede reunir para nosotros en un sólo versículo las variadas actividades de nuestro Señor, el evangelista dice, y al ponerse el sol, *“le trajeron a todos los afligidos, y atormentados con varias enfermedades, y Él los sanó a todos”*.

Ese es el carácter de este evangelio a través de todo. Él pasa de un servicio a otro, de un lugar a otro. No hay retraso, alejamiento de la obra; Él deja que Su obra hable para Dios, y después, como profeta de Dios, todo lo que tiene que decir es directo, y específicamente en ese punto.

Es un bendito pensamiento, queridos hermanos, pensar que Aquel que sirve a Dios perfectamente aquí, es Aquel que sirve a pobres pecadores. ¡Cuán exquisitamente tocante es que el evangelio del Siervo perfecto haya sido escrito por uno que se ha demostrado ser él mismo un pobre siervo! Marcos había acompañado a Bernabé y Pablo hasta cierto punto, y después, ya sea por temor, o por evitar las penalidades como un buen soldado de Jesucristo, se alejó del servicio, y volvió atrás. Por esta razón, en su próxima jornada Pablo rechazó su compañía— aunque esto le costó el compañerismo de Bernabé. Después leemos con confort *“Toma a Marcos y tráele contigo; porque me es provechoso para el ministerio”* (2ª Tim.4:11). De igual modo es la extraviada, pero ahora una restaurada oveja quien —en Pedro— es confiado con los corderos. Pero esto es pura gracia.

Cuando llegamos a la muerte del bendito Siervo, encontramos todo apropiadamente de acuerdo con el propósito de este evangelio. Es como ofrenda por el pecado que vemos al Señor aquí. Allí está el grito de angustia, presentadas en las mismas palabras que nuestro bendito Señor usó, y no las palabras hebreas como en Mateo. Estos son aramaicas, el lenguaje usado en palestina en ese

tiempo.

Después de la muerte tenemos el pleno resultado de la expiación, el velo es roto.

El cap.16 se parece al primero en esta forma: este rápidamente recapitula las varias apariciones de nuestro Señor después de Su resurrección. Aun al final lo vemos, aunque sentado en el cielo, aún comprometido al servir con Sus siervos. ¡Qué gozo en ese día cuando sea verdadero de nosotros, “*Sus siervos le servirán*” !, ¡y qué privilegio aun ahora hacer algo para Aquel que murió por todos nosotros!

Viniendo a Lucas somos introducidos nuevamente al nacimiento del Hombre Cristo Jesús. El evangelista parece poco dispuesto a alejarse de eso. Podemos ver a las piadosas madres de Juan y Jesús teniendo dulces comunicaciones entre ellas. Vemos a Zacarías y escuchamos su alabanza y la de María. Vemos que todo esto es un cuadro intensamente humano, y todo centrado alrededor del nacimiento de ese Hombre —Cristo Jesús. Y de este modo el evangelista muestra cuán grande es ese interés, no solamente por corazones humanos; él nos presenta un vistazo de los mismos cielos, en esa maravillosa noche cuando nació Jesús. El cielo es abierto, y aunque el pleno coro de ángeles estaba siguiendo a su Señor del cielo, no quiere apartarse de Él, deseando estar con Él aquí abajo donde Él ha velado Su gloria, y donde no tendría un ejército que le asistiese, —los vemos a ellos allí, y los escuchamos decir, “*gloria a Dios en las alturas, sobre la tierra paz, buena voluntad para los hombres*”.

Todo se centra alrededor de este bebé, acerca del niño; y en Lucas tenemos la única alusión a la niñez del Señor. Todo lo que es más característico de este evangelio; lo encontramos a través de todo; Él no nos es presentado aquí como Rey; Él no está ante nosotros como Aquel que está demandando autoridad, tampoco simplemente como el Siervo, sino que está allí como Hombre entre los hombres. Aun Su genealogía es trazada atrás hasta Adán— desde allí a Dios. Este es el Hijo del Hombre.

Tome esa sorprendente escena en Nazaret donde Él abrió el libro del profeta Isaías y leyó ante ellos. ¡Qué bella profecía seleccionó Él, y cuán bellamente humana fue toda la escena!

“El Espíritu del Señor está sobre mí, Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; A pregonar libertad a los cautivos, Y vista a los ciegos; A poner en libertad a los oprimidos; A predicar el año agradable del Señor” (Lc.4:18-19).

Entonces Él continúa y comenta sobre esto, y debemos recordar cual fue la objeción de ellos, —que era el hijo del carpintero quien les estaba diciendo esto. Ellos se maravillaron ante las palabras de gracia que salían de Sus labios, pero es un hombre quien nos está diciendo todo esto, es sólo el hijo de un carpintero.

Y aun así ésta es la gloria de Lucas, quien nos presenta al Hombre, al Hijo del carpintero a través de todo, y al tomar una tras otra las maravillosas porciones de este evangelio, cuan agradecidos debemos ser por este “*Hombre Cristo Jesús*”.

Observemos a la pobre mujer pecadora que derrama lágrimas de vergüenza y amor sobre Sus pies, y los unge con sus cabellos. ¡Qué escena! Es a tal persona que el pecador puede acudir, para escuchar palabras de perdón y amor aun en la casa del orgulloso fariseo. Y a través de todo este evangelio, tenemos al Hombre ante nosotros, pero oh, este es el Hombre que estuvo solo, ninguno semejante a Él, el Hombre Cristo Jesús.

Usted conoce las parábolas del cap.15 —tres parábolas, correspondiendo al tercer lugar en este evangelio, donde tenemos la plena manifestación del corazón de Dios. ¡Qué notables, familiares y humanos son estos cuadros! Notemos, Él va a expresar el amor de Dios. Él va a hablarnos de la obra del Buen Pastor —de Él mismo. A desplegar nos la obra del Espíritu Santo. ¿Qué clase de cuadros tomará para hacer esto? cuadros domésticos —cuadros humanos, de cada día. Ellos podrían mirar a las mismas montañas y ver a un pastor preocupado por las ovejas. Podían entrar en una casa y comprender en un momento como la mujer con mucho cuidado barría la casa para encontrar la moneda perdida; y oh, quien que era hijo y tenía un padre, o quien era padre y tenía un hijo podía fallar en comprender cuán humano— ¡ay!, y ¡Cuán común la aflicción que causaba al padre mostrar tal amor! Bendito sea Dios, es el amor el que tomaría ocasión del pecado y la aflicción para exhibirse a sí mismo. Todo es humano. Las personas pueden decir que estos son cuadros comunes, de cada día. Bendito sea Dios, vemos la faz de un Hombre, pero vemos el corazón de Dios.

Llegando a las escenas finales en este evangelio, encontramos todo en bella armonía con el tema. Nos sentamos en la última cena con Él, como con corazón quebrantado Él señala al traidor. Vamos al huerto y somos testigos, de que Sus pobres discípulos duermen y de Su agonía, vista en Su sudor como grandes gotas de sangre. Lo seguimos al palacio del sacerdote, y desde allí al tribunal de Pilato; lo vemos vestido con ropas reales, y siendo la burla de Herodes y de sus soldados; vemos a Pilato y Herodes batiendo manos, a causa de Su muerte —oh, ¿quién que lee todo esto puede no tener su corazón conmovido ante las profundidades de simpatía humana de este solitario “Hombre de aflicciones”?

De acuerdo con su tema encontramos en Lucas la muerte del Señor como ofrenda de paz. No tenemos aquí el clamor y angustia por el abandono como en los dos primeros evangelios. Por el contrario, tenemos la gracia manifestándose a los mismos enemigos que habían horadado Sus manos y pies: “*Entonces Jesús dijo: Padre perdónalos porque no saben lo que hacen*”. En la misma hora de Su dolor, vemos el triunfo de la gracia en la salvación del ladrón en la cruz —al Sacerdote compartiendo con el pecador culpable, que cree, el valor inapreciable de Su muerte.

De forma similar la narración de la resurrección aun nos despliega el

rostro del Hombre: la jornada a Emaús, la aparición a los Suyos en Jerusalén, Su comer ante ellos, —todas estas cosas son de la misma clase de aquellas cosas registradas de lo que ha sido Su vida, y todas ellas hacen muy cerca y querido a este bendito, y santo “Hombre Cristo Jesús”.

De este modo hemos recorrido estos tres evangelios sinópticos, como son llamados, encontrando mucho en común, y al mismo tiempo, diferencias muy claramente marcadas. ¡Cuán bellamente mezclados, dando, en su triple plenitud, una vista de nuestro bendito Señor tal como un sólo evangelio no nos podía dar!

S. Ridout